

ARTÍCULO ESPECIAL



Gac Med Bilbao. 2023;120(1):47-55

Lo masculino ¿en crisis?

Barandiaran Sofía^a, Artaloytia Juan-Francisco^b, Erroteta José-Mari^b, Duña Elsa^c, Gutiérrez José-María^c, Marauri Elena^d, Marcilla Teresa^a

(a) *Asociación Psicoanalítica de Madrid (APM). Psicoanalista. Madrid, España*

(b) *Asociación Psicoanalítica de Madrid (APM). Psiquiatra. Psicoanalista. Madrid, España*

(c) *Asociación Psicoanalítica de Madrid (APM). Psicóloga. Psicoanalista. Madrid, España*

(d) *Grupo de Psicoterapia Analítica de Bilbao. Psicóloga General Sanitaria. Bilbao, España*

Recibido el 17 de mayo de 2022; aceptado el 12 de julio de 2022

Resumen:

Este texto busca acercarse a las conflictivas inconscientes que pueden estar debajo de fenómenos que se observan en la clínica en los hombres de hoy; depresión, problemas sexuales, dificultad de comprometerse, dificultad para afrontar la paternidad, la búsqueda laboral...

Incluyendo una perspectiva social, la influencia que pueden estar teniendo los cambios sociales de los últimos tiempos sobre ellos.

© 2023 Academia de Ciencias Médicas de Bilbao. Todos los derechos reservados.

Maskulinoa, krisian?

Laburpena:

Testu honek gaur egungo gizonezkoetan klinikan ikusitako fenomenoekin pinarrian egon daitezkeen gatazka inkontzienteei aurre egin nahi die; depresioa, sexu-arazoak, konpromisoak hartzeko zailtasunak, gurasoei aurre egiteko zailtasunak, lana bilatzeko...

Ikuspegi soziala barne, azkenaldiko gizarte-aldaketak haietan izan dezaketen eragina.

© 2023 Academia de Ciencias Médicas de Bilbao. Eskubide guztiak gordeta.

PALABRAS CLAVE

Masculino.
Identificación.
Angustia de castración.
Eyaculación precoz.
Depresión.
Paternidad.

GILTZA-HITZAK

Gizonezkoa.
Identifikazioa.
Katrazioa larritasuna.
Eiakulazio goiztiarra.
Depresioa.
Aitatasuna.

KEYWORDS

Male.
 Identification .
 Castration anxiety.
 Premature ejaculation.
 Depression.
 Paternity.

The masculine in crisis?**Abstract:**

This text seeks to approach the unconscious conflicts that may be underlying phenomena that are observed in the clinic in men today; depression, sexual problems, difficulty committing, difficulty coping with parenthood, job search...

Including a social perspective, the influence that recent social changes may be having on them.

© 2023 Academia de Ciencias Médicas de Bilbao. All rights reserved.

En primer lugar, quiero agradecer a Isabel Usobiaga y a Ricardo Franco, la invitación a presentar esta conferencia en la Academia de Ciencias Médicas, institución, que es para mí un lugar de aprendizaje y discusión de interesantes temas. Así mismo quiero agradecer a Juan Francisco Artaloytia, por su participación con su discusión. La propuesta hoy es pensar en los hombres, en la especificidad de sus conflictivas inconscientes que observo en la clínica. También he querido incluir una perspectiva social, la influencia que pueden estar teniendo los cambios sociales de los últimos tiempos sobre ellos.

Voy a empezar explicando una broma de TikTok:

'Se ve a una niña de unos 3-4 años sentada al lado de su padre.

El padre juega con su Play Station. La niña le pregunta al padre con su lengua de trapo:

—Papá, ¿qué significa ser hombre?

El padre, con su acento andaluz, le contesta:

—Pues, hija, ser hombre significa tomar las decisiones en la casa. Un hombre es el que decide cómo se hacen las cosas, cuándo... El hombre es quien manda.

Entonces la niña le dice:

—Papi, cuando sea mayor, quiero ser un hombre, ¡como mamá!

El hombre, sin respuesta, se vuelve a enfrascar en su Play Station'

Bromas aparte, creo que esto es como cualquier chiste, y cómo Freud nos mostró una forma de liberar una energía de algo que puede ser bastante más problemático cuando no podemos reír sobre ello.

En mi experiencia clínica, donde coincide que trato a bastantes hombres —jóvenes adultos—, me pregunto mucho sobre nuestro referente cultural tan transformado sobre lo que es *'ser un hombre'*.

Me pregunto si la teoría psicoanalítica da cuenta de los fenómenos que nos encontramos: depresión, inhibición, problemas sexuales, dificultad de comprometerse, dificultad para afrontar la paternidad, la búsqueda laboral, el mundo adulto... Creo que podemos encontrar conexiones en la teoría, que expliquen los fenómenos que observo en la clínica.

Buscaré apoyo en el título de una novela actual titulada *Hombres que caminan solos*, de José Ignacio Carnero, título que sugiere la que creo que es la problemática subyacente: que están caminando un poco solos, sin el acompañamiento de identificaciones sólidas, sociales y personales. Pero ¿cómo se gestan estas identificaciones? ¿Cómo es esto de *'ser hombre'*? Hay preguntas que nunca se agotan; los referentes culturales cambian y, de esa forma, cíclicamente habrá que estar de nuevo sin respuesta, en crisis.

Vamos a ver algunos puntos de la teoría psicoanalítica que nos puede ayudar a asomarnos a la complejidad de las cuestiones que pretendemos abordar.

La identidad está sustentada en las identificaciones. Hay un tiempo constitutivo de la identidad (*'soy yo, un ser separado'*), sostén del núcleo del *'yo'*, sobre el que operarán las identificaciones secundarias (*'soy chico como...'*). La identidad, primero, y la identidad de género, después, es una construcción que depende de un entramado relacional que se construye a través de la influencia de las relaciones con las figuras de cuidado, de dependencia, que van a apoyar o no, el sentirme *'yo'*, el sentirme *'hombre'*, *'mujer'* ...

Jeammet (1991), en el artículo *Lo que se pone en juego*, trata las modalidades de procesos de interiorización, de los que depende la identificación. Estas modalidades dependen de la cualidad de los basamentos narcisistas, del trabajo de identificación efectuado durante la infancia y, por lo tanto, del grado de autonomía y de individuación adquiridas por el sujeto.

Para que haya interiorización que permita la distancia tiene que haber suficiente objeto que se retire suficientemente para que el otro pueda sentirse autónomo, esto me hace reflexionar sobre la crianza natural en boga actualmente, donde, a veces, la madre por exceso puede hacerse demasiado necesaria. Mujeres influidas por estos cambios sociales también, hiperexigidas en todas las facetas, la de la maternidad también como propuse en un trabajo anterior *El tabú de la maternidad*.

Para el niño es importante poder separarse, ser autónomo, darse placer, prescindir de la necesidad del otro, proteger su narcisismo... El *'yo puedo solito'* de los niños ayuda a soportar el duelo por el objeto, el dolor de no completar a la madre y permite la iden-

tificación al padre, al 'Otro'. Para ello necesito que me hayan ayudado a valorarme como ser separado y a valorar al Otro con el que identificarme. Esto me parece fundamental.

¿Qué ocurre si no he logrado suficiente autonomía frente a las figuras parentales? Si sigo fijado a objetos y a metas pregenitales, Teresa Olmos (2021) dice: '*Si los procesos identificatorios fracasan; es decir, en lugar de favorecer la estructuración psíquica del niño más bien lo alienan, este no puede desprenderse del objeto materno y queda atrapado en un vínculo fusional-pulsional con el objeto primordial*'.

Esta conflictiva me lacera constantemente y se renergetiza. La base de la constitución de mi masculinidad estará dañada. La oralidad ('*sin ti me muero*') y la analidad ('*me quieres someter por el poder que tienes sobre mí*') está en juego constantemente, el aferramiento al control-dominio, el ser o no ser, frente al otro. La angustia de separación obliga al niño a desarrollar conductas de dominio del objeto de apego. Si no ha podido interiorizar, hacer el duelo, '*el niño compensará lo que no tiene en su mundo interno por una relación de aferramiento y, más o menos, de indiferenciación con un objeto de la realidad externa*'. Relacionaremos esto con el maltrato.

La película de *Te doy mis ojos* (Icár Bollaín, 2013) refleja muy bien esta problemática. Ahí el maltratador es un hombre frágil. No puede soportar que su mujer tenga ni siquiera deseo de trabajar, cualquier deseo fuera de él, le daña. La alteridad del otro se le hace insoportable. Si ella se aleja, tiene que someterla, evoca su propia muerte '*me muero sin ti*'. Me parece que es un buen ejemplo en el que pensar para entender la patología de estos mecanismos. Para llegar a '*qué tengo*' de la etapa fálica, plantearse y adueñarse de la genitalidad '*soy hombre*', hay que transitar el '*yo*'- '*no yo*' de la oralidad, el dominio-sumisión de la analidad. Con este basamento entonces entraremos en el prisma del complejo de castración.

El complejo de castración, con apoyatura en los estadios previos en el niño, viene a sepultar al Edipo. Renunciando a la investidura de la madre como objeto de amor y quedándose con la identificación al padre ideal. Vamos a reflexionar sobre estas cuestiones.

El complejo de castración en Freud es una formación psíquica, nacida del desarrollo de la sexualidad infantil, del deseo que esta provoca y de sus consecuencias en la imaginación del niño. Las teorías sexuales se generan ante la percepción de la diferencia de sexos (2-3 añitos), que en un momento dado concreto se apoya en la ausencia-presencia de pene que despierta la curiosidad, junto con el nacimiento de los niños.

Las observaciones de los niños estimulan su curiosidad y empiezan a elaborar teorías que explican estas diferencias. Freud asigna el papel protagonista de este complejo al padre castrador, quien castra al hijo por los deseos incestuosos hacia la madre, cuestión muy de sus tiempos y de una figura de padre concreta.

Pero antes de darle el protagonismo al padre, dice que en inicio la madre no está castrada, digamos que no puede faltarle nada. ¿Cómo va a faltarle algo al ser más poderoso de mi vida? Retengamos este dato, que va a ser importante en el desarrollo que nos ocupa. ¿Qué ocurre si la fantasmática se confirma, si el valor fálico sigue asociado a la figura materna todopoderosa? ¿Qué ocurre si lo social se alía con esta fantasía?

De cara al resto de la humanidad, el niño se cuestiona si les han quitado el miembro, y entra en angustia por la amenaza de castración. La prohibición del incesto requiere una amenaza contra toda trasgresión posible y una sanción que recaiga sobre el órgano mismo de la satisfacción sexual prohibida: el pene. Es la amenaza que impide en adelante toda reunión con la madre.

Es como si le enseñara al niño, no eres lo único que le interesa a la madre, organízate y busca lo que eres en el mundo. Esto tiene un amplio valor simbólico que se engloba en la pérdida del pene, valor simbólico que recogen sus derivados más tarde. Pérdida de la vida —miedo a la muerte—, pérdida del pelo, pérdida de tiempo, pérdida de potencia sexual, pérdida de...

La superación del complejo lleva al renunciamiento del deseo incestuoso (poseer a la madre) y parricida (matar al padre), a la identificación con el rival del mismo sexo y, a fin de cuentas, a la aceptación de diferir las satisfacciones buscadas, que significaría el desplazamiento sobre objetos sustitutivos.

Poder transitar este complejo suficientemente bien, renunciar, aceptar la castración, que no soy todo, que no lo puedo todo, me tranquilizará en el intercambio con los demás y podré buscar mi lugar en el mundo. Me puedo dar valor como niño, con lo que soy porque me lo han dado me ayudará a quedarme tranquilo con esperanza en mí y en el futuro.

Si persisten los deseos prohibidos..., la angustia de castración desempeñará su papel de señal disuasoria en todas las oportunidades en que renazca la tentación de transgredir. Si esta conflictiva está excesivamente activa, no es difícil pensar lo que me puede complicar el encuentro con el otro (hombre y mujer), el sujeto estará en constante angustia. Su valor estará en peligro constante, todo es una prueba.

Si puedo ser todo para la madre imaginariamente, no hay límite, no hay renuncia. Tengo que ser todo, todo el rato, no me permite ser algo que me calme, que me de valor... Poder tener sexo con todas las mujeres de Tinder; me dejará atrapado en no poder hacer un proyecto con una y, quizás, atascado en cuantas y con cuanto rendimiento, midiéndome en todo momento. En angustia de castración constante. En la valoración de la omnipotencia no hay límite; me puedo perder hasta el infinito.

Aduriz (2017) en *Posición masculina en la adolescencia* dice "*La función paterna, es la encargada de llevar a cabo la operación simbólica de la castración: el padre prohíbe estar al servicio del goce de la madre, preserva de tener que hacer la prueba constante de que*

se puede llenar a la madre y aparece como referencia del deseo de la madre y desde ahí ser donador para el hijo".

El padre que dice "*con la madre no*", pero se personifica como interés para la madre, el hijo así obtiene el camino marcado fuera de la madre. Lo saca de la "*constelación materna*".

Ser como aquel, aquel que ella desea y que, además, a través de su amor y reconocimiento, le coloca en ese lugar. Es importantísimo el valor que le da la madre al padre. El valor mutuo que se dan ambos. Si mis figuras de dependencia no se dan valor mutuamente, va a ser difícil que me identifique y les de valor yo, ¿no? Este es un punto clave en la exposición de hoy.

Este es el gran momento de la identificación secundaria, con la conformación de la conciencia moral y los ideales. El padre como regulador de la castración es una posible salida a muchas cosas. Sería como cuando el niño dice: "*es que no me dejan dejar, no es que no quiera o pueda. Es que no me dejan*". Salvaguarda el narcisismo, elimina la responsabilidad a nivel fantasmático; "*me someto a una ley que me calma y donde no me tengo que estar poniendo en juego constantemente con mi deseo*", ya de mayor podré como mi papá que puede, ya que soy como él, porque me quiere y me reconoce como capaz. Puedo devenir alguien valioso y buscarme una de mi tamaño. Confío en ello y en mi futuro, porque han confiado en mí y en mis recursos también». Esto marcará un camino apaciguador. Es el momento de aceptación y caída realmente de la omnipotencia.

En este punto os podéis estar preguntando ¿y una madre soltera, y una pareja homosexual, una pareja que se separa y...? Desarrollos posteriores a Freud dan más y más peso a esta función paterna, o cómo Fain describe "*la censura de la amante*", conceptos que explican cómo esta es una función que no es dependiente exclusivamente del padre como objeto externo y su autoridad, si no como función interna de la madre.

Para que se dé una salida a la conflictiva del ser y de las angustias de castración se necesita una "*madre-padre-x*" con tercero en la mente, con una conflictiva edípica suficientemente sepultada, con un deseo fuera del hijo como prolongación narcisista; que el hijo no sea suyo, una figura de dependencia castrada, no todopoderosa que acepta sus límites y los del otro permitiéndole subjetivarse, diferenciarse...

La relación incestuosa con el hijo, a falta de un tercero, deja al hijo sin poder dar valor al padre y por ende sin poder darse valor a sí mismo; lo deja abandonado de figura paterna. El hijo se llena de reproches hacia el padre, oscilando entre la omnipotencia infantil que le hace sentirse destinado a grandes cosas, pero sin efectividad en la adaptación de ese ideal a la realidad y sus exigencias.

Pero volviendo a lo social, ¿qué imago materno predomina hoy? ¿Podemos ver en los fenómenos que observamos en la clínica algo relacionado con los cambios sociales?

Me parece importante aclarar que cuando hablamos de imagos, hablamos de figuras del inconsciente que no han quedado suficientemente contrastadas con la realidad y que interfieren en nuestra percepción de esta.

A veces, en el imaginario de mis pacientes, veo lo que yo llamo "*madres dragonas*". ¿Qué sería un imago madre-mujer dragona? Podríamos pensar en mujeres poderosas, que parece que lo pueden todo, que exigen y que parece que se comen al hombre de al lado, que no está o no pinta mucho, como el del chiste.

Me resulta sugerente el personaje de la madre de dragones de *Juego de Tronos*. Vamos a analizar un poco esta figura que en la teoría a mí me recuerda a la madre fálica, todopoderosa que conserva todos los atributos del poder

Green (1990), habla de *La ley de la madre*, habla del predominio femenino-maternal de un universo feminizado que a mí entender impera en nuestros días.

El prolongado tiempo de dependencia, sexualiza la relación y a falta de padre, de tercero: me puedo quedar atrapado en el encierro incestuoso. La ley de la madre que me seduce y fagocita, me deja a su servicio, sin poder ser yo o angustiado teniendo que probar que soy yo todo el rato.

Como dice Green, "*el padre priva sin recibir nada más que la conservación de su poder hegemónico; la mujer se apropiaría de algo que era del hombre y de lo cual ella se apodera en su beneficio. La angustia de castración que emana del padre era un regulador de la sexualidad destinado a combatir sus excesos en el encierro incestuoso. A través de su extensión al rol de la mujer —y no de la madre— el complejo de castración ya no regula la sexualidad, sino que vuelve temible la unión sexual, cuando no la convierte en imposible*".

Yo creo que esta es la fantasmática que puede aparecer detrás de muchos de los problemas que hoy nos encontramos en los hombres, en el encuentro con la mujer, donde la fantasmática se reactiva:

Impotencia frente a la potencia proyectada en la mujer con ese poderío fálico "*Si la tía no me pone mucho todo va bien, pero como me guste, la vea, así como muy... se me baja*". Eyaculación precoz, que yo asocio a través de las asociaciones de algunos pacientes: "*Cuanto más tiempo dentro más peligro*", "*Me da gusto, susto y puedo desaparecer*". Gatillazos "*Mi excitación y miedo a no satisfacerla en toda su plenitud... me impone un fracaso*".

Curiosamente, veo cómo se repiten estas apreciaciones. Los hombres se sienten mejor, funcionan mejor cuando el objeto está más degradado; cuanto más poder le dan, y más difícil se les hace. Freud escribe sobre ello en su texto Sobre un tipo de elección de objeto en el hombre.

Si orbito en la constelación materna lo identitario —lo narcisista— está en juego. Green asegura: "*La evolución del complejo de castración en la obra de Freud inclina cada vez a insistir sobre sus consecuencias narcisistas (la herida infringida a la integridad*

corporal y a la imagen de sí". Mi imagen, mi ser, estará en cuestión.

¿Dónde se puede ver esto? Por ejemplo, durante la adolescencia. ¿Qué ocurre si crezco dando demasiado poder a una figura que me somete, si me siento a la sombra de una madre dragona? La adolescencia me pone en pie de guerra, y necesito separarme, pero para ello he tenido que haber dado valores fálicos que me sustenten a través de mis identificaciones. Si sigo atrapado — sin haber tenido oportunidad de elaborar la conflictiva infantil suficientemente—; buscaré insaciablemente una satisfacción total, con consumos, me inhibiré muerto de miedo ante los retos, será difícil estudiar, estaré en una dinámica de todo-nada, capaz de todo, capaz de nada. Tendré que vejar al objeto amoroso por poderoso en mí en relaciones tóxicas de dependencia. Tendré que someterme o someter. No podré asumir ninguna responsabilidad para no entrar en la dinámica de la angustia de castración, de medirme y, podré deprimirme y quedarme en casa jugando a videojuegos para ser el personaje fuerte omnipotente que me gustaría ser...

La adolescencia, segundo momento clave de la constitución de mi masculinidad, exacerba simultáneamente la apetencia objetal con una incitación al completamiento de las identificaciones y la necesidad de afirmarse como autónomo y narcisísticamente suficiente. Se vuelve a excitar el vínculo, se necesitan apoyos narcisistas y objetales menos excitantes, exógenos.

Para no estar en lucha constante con un objeto por necesitado y excitante, necesito adquisiciones fálicas. Los logros, a través de las identificaciones, me dan sujeción alimentan mi narcisismo, el bueno, para seguir progresando.

Es una carrera de fondo en la que voy adquiriendo seguridad. Tengo que tener el poder de gustar a alguien; amigos, chica, chico, sacar unos estudios, ganar en el fútbol o lo que sea. Ser querido con límite, haberme separado suficientemente, tener deseo, ganas de futuro, poder proyectarme en él.

Si no lo consigo, si no hay sujeciones, vagaré sin rumbo, me deprimiré, sentiré el encuentro con el otro, como un reto al que enfrentarme. Me pondrá en cuestión: ¿seré suficiente?, gatillazo; me da miedo, desinterés, impotencia, eyaculación precoz; ¿tendrá que ser desde el dominio-sometimiento?, ¿me dará eso el valor?

Hoy en día hay exigencias sociales que a veces, opino, son excesivas. O universitario o nada, o guapo de Instagram o nada... Así el adolescente, si no sale de ahí, si no es capacitado para ese rendimiento y crece como hombre-Peter Pan en *Nunca Jamás* sin unas identificaciones secundarias que le sustenten en sus desarrollos, fracasará en las diferentes esferas: compromiso en la relación, en el trabajo, en la paternidad... Estará muerto de miedo.

Llegados a este punto de mi exposición, voy a tomar material de un interesante documental y ver en él

al hombre de nuestro tiempo. El documental *El Círculo* (2020), de Iván Roiz y Álvaro Priante, es un proyecto sobre la crisis de la masculinidad. Se basa en el fenómeno de los encuentros grupales que sirven de terapia contra el machismo.

Los hombres cuentan sus dificultades de ser hombres, qué hombre ser. "*Tengo derecho a ser lo que me dé la gana*", dice uno.

Se habla de masculinidad tóxica en referencia, creo yo, a posicionamientos de dominio de la mujer que se han venido dando a través de los tiempos. Ya lo dijo Simone de Beauvoir (1949): "*Nadie es más arrogante, violento, agresivo y desdeñoso contra las mujeres que un hombre inseguro de su propia virilidad*". Y estoy de acuerdo.

Pienso que los hombres y sociedades con el funcionamiento psíquico más primitivo, como os he ido mostrando, serán los más violentos y agresivos con la mujer. Pensemos en lo que hemos comentado de la idealización en el duelo por la madre, de la dependencia, del sometimiento.

Como decía en otro trabajo, considero que los hombres históricamente han temido a las mujeres y las han considerado inferiores, porque las han idealizado por su necesidad y frustración hacia la primera mujer de su vida, probablemente.

Curiosamente, en este documental se habla muy poco de las mujeres. Son como caballito blanco, a mi modo de ver. Otro problema que tenemos hoy. De nuevo, la madre, la Gran Madre, la Virgen María. El tabú para mí de la maternidad. Algo tan poderoso, tan intocable, no es criticable. ¿No es políticamente correcto hoy? De maltratable a intocable... A ver qué hacemos con esto...lo que no se puede cuestionar se idealiza y el reverso es el odio. Uno de los hombres da en el clavo cuando dice: "*Me muevo entre cierta misoginia que lucha contra la idealización...*".

Aquí hay un punto que no hemos tocado aún: la envidia de la feminidad que subrayó Klein. "*Solo si es superada la fase femenina primitiva permitirá al varón vencer su hostilidad hacia el sexo femenino, fundada de hecho en sentimientos de inferioridad, angustia y odio. Hay en el varón una formación correspondiente a la envidia del pene en la mujer: la envidia de la feminidad. La integración de la fase femenina primitiva, ayudará al hombre a comprender las necesidades femeninas de introyección del pene paterno. El hombre podría así servir de madre a su mujer*".

Cuestión importante para la crianza entre los dos, por ejemplo. En cambio, si persiste esta envidia por proyectar tanto poderío a la mujer, la odiaré y la idealizaré y por todo ello no podré estar muy cerca...

Idealizar y someter, las dos caras de la misma moneda. "*Vernos sometidos, humillar*", hablan. Y en seguida surge la competición contra los otros hombres, la rivalidad, que a falta de identificaciones masculinas amorosas me deja en pie de guerra constante. "*Va conmigo. Estoy siempre compitiendo, midiéndome*", "*este habla más que yo; parece más listo que yo...*".

Un hombre de *El Círculo* habla de cómo esto le pasa constantemente. Los hombres hablan de "*miedo a ser agredido*", de "*ser macho alfa como carril único*" y "*solo puede haber uno*". "*El instinto es la reproducción, la pelea con otro...*".

¿Matar al padre sin poder conservar el amor ni la admiración hacia él a través de la identificación? Me deja solo en la selva... ¿Cómo ensamblar la demanda de hombre sensible con la imposibilidad de la apertura emocional que simboliza debilidad?... "*Tienes que afrontarlo, porque eres un hombre*". ¿Cómo quitarse la armadura? Para esto estaría la vertiente de poder, recibir y del padre amor y reconocimiento. La resolución del Edipo negativo pudiendo conservar lo tierno, el amor hacia el padre es crucial para lidiar con la rivalidad.

Y respecto a la madre, añadiría; ¿la hembra única? De nuevo sería como vivir en angustia de castración constante. Me recuerda a Peter Pan, atrapado en Nunca Jamás (en los objetos infantiles), en lucha eterna contra Garfio por rescatar a Wendy, sin poder crecer.

Y sobre sexualidad... ¿es placer? "*Miedo constante*", dice uno... No es difícil conectar con la fantasmática, con el trabajo psíquico de representación de la sexualidad genital sobre la base de la pregenital (excitación, eyaculación, penetración...).

Se habla enseguida de la exigencia de "*hacer bien*" las expectativas, como en el porno. De los gatillazos por presión... El pene y su tamaño a falta de castración simbólica nos remiten a lo concreto, mi valor se mide por el tamaño. Como señala Aduriz, *ibid*, hay que poder hacer el trabajo de "*renunciar a una parte corporal con valor fálico-narcisista para poder disponer del pene*".

Si mi seguridad, sigue fijada a mi pene me dificulta mucho el poder tener relaciones sexuales satisfactorias. "*Siempre he sido falocrático. Mi padre me dijo que la tenía grande, de ahí también mis inseguridades...*", dice uno de los hombres. ¿Cuál habrá sido el mensaje?, ¿que lo admiren por el tamaño de su pene en vez de por otras cuestiones que siente sin valor? Lo ve como un problema, y probablemente tenga razón. Un padre dando tanto valor a su pene es problemático si es a falta de darle valor a él.

El sexo como poder. Uno habla de "*mostrar a las otras ciertas mujeres de unas características y una edad, de tener que ser de una forma o no las presenta...*". De nuevo, el elemento que me da completitud fálica. "*El sexo era para contarlo a los amigos*".

Los hombres tienen que reasegurar su posición activa frente su miedo a la pasividad; su posición de poder frente a las angustias de castración. La prostitución se abre como gran tema. ¿El triunfo sobre el objeto? "*Porque puedo, lo hago*" dice uno. "*Yo lo hacía cuando estaba de bajona*" dice otro... ¿Para poder volver a sentir potencia que siente perdida? "*Ejercer violencia frente a alguien más débil que yo*". No deja de ser vejar lo engrandecido en la imaginación.

Y aquí me detengo. ¿No se vislumbra en este espacio la dificultad de ser hombre hoy? Las contradicciones; bueno, malo, violento, complaciente, protector, dependiente, activo, pasivo... Ese círculo de hombres en la intimidad, sufriendo, y que a mí me parecen un poco acorralados por las nuevas exigencias.

También como ¿círculo de castigo? Pero, y ahora, ¿qué...? ¿Cómo van a encontrar su valor...? Pienso que estas cuestiones van a ser importantes para todos, hombres y mujeres, encontrar nuestro valor, en la diferencia, asumiendo nuestra humanidad, disminuyendo tantas exigencias.

Uno hombre dice: "*Tenemos exigencia frente a la mujer; hacia los demás hombres al final estamos más solos que la una*". Yo creo que no le falta razón. ¿Qué pensáis vosotros?

Bibliografía

- Aduriz, S. (2017). Posición masculina en la adolescencia. En *Masculino-Femenino* (pp.29-37). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S (1910) Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre. En *Obras completas vol.11*) Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S (1910) Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa. En *Obras completas vol.11*) Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Green, A. (1990). Le complexe de castration. París: Presses Universitaires de France.
- Greenson, R.R. (2012). Des-identificarse de la madre: su especial importancia para el varón. *Revista de psicoanálisis de la Asoc. De Madrid*, 66, 29-36.
- Jeammet, P. (1991) Lo que se pone en juego de las identificaciones en la adolescencia...
- Olmos, T. (2012) La sexualidad masculina y sus vicisitudes. *Revista de psicoanálisis de la Asoc. De Madrid*, 66, 155-172.

Discusión de Juan Francisco Artaloyti

Muchas gracias Sofía por tu interesante ponencia y por los interrogantes que pones encima de la mesa para que podamos pensar.

La cuestión de la masculinidad está en la intersección entre varias disciplinas como la Antropología, la Sociología y el Psicoanálisis.

Nosotros, como psicoanalistas, podemos aportar nuestra visión parcial y no siempre respresentativa, aunque profunda, de lo que vemos en las experiencias singulares en nuestras consultas.

La Antropología nos trae el concepto del dimorfismo, esto es, del diferente desarrollo según el sexo de funciones y sistemas como el músculo-esquelético o diversas áreas cerebrales. Y ello es algo que viene de la selección natural en el sentido darwiniano, es decir, porque a lo largo de los tiempos se demostró como más eficaz en la evolución de la especie.

Podemos pensar que si una parte puede ciertas cosas que la otra no puede y viceversa, en la complementación.

tariedad de lo uno y de lo otro, se puede llegar más lejos que si no existieran tales diferencias. Ya desde el Psicoanálisis podríamos hablar de que ello requiere aceptar que uno no todo lo puede, y que si uno lo asume y se coordina complementándose, aportando cada cual lo que el otro no puede, se funciona mejor que si todos pudiéramos lo mismo. Estamos en el terreno de la asunción de la castración como organizador simbólico, en la aceptación de que uno no todo lo puede.

Considero que no debemos fijar una visión estática de lo que son la masculinidad y la feminidad. Ambos conceptos han evolucionado con los tiempos y siguen haciéndolo. Propongo cuatro momentos de la historia de la humanidad para que podamos pensar: la era de los cazadores recolectores, la generación de los baby-boomers, la generación Z y un futuro hipotético en el que hubiera úteros artificiales y en el que los gametos pudieran derivarse de células madre de la médula ósea.

En la era de los cazadores recolectores, el dimorfismo biológico marca mucho las diferencias en las funciones masculinas y femeninas. Una mayor fuerza, velocidad, visión espacial tridimensional lleva a que el hombre asuma ciertas funciones muy diferentes a las que en la mujer suponen una capacidad cerebral más sutil para el manejo del lenguaje y la regulación de los afectos, además de un cuerpo casi continuamente involucrado en embarazos, partos y lactancias. Lo que es ser masculino y femenino en esta era está muy condicionado por las condiciones de vida del momento.

En la generación de los baby-boomers, especialmente si nos centramos en los padres y madres de tales familias, nos encontramos con un hecho que considero muy importante. No han conquistado aún la contracepción. Las madres empiezan a serlo en la veintena y las familias tienen un número importante de hijos. Son casas con mucha gente que, a menudo, integran también a abuelos. Generalmente el padre trabaja y trae el dinero y la madre se hace cargo de la casa y del cuidado de los niños. Hay mucho roce y la frustración es algo que se impone desde la propia convivencia.

La contracepción supone un cambio radical. Sexualidad y procreación se desligan. Empieza a postergarse la maternidad y las mujeres pueden formarse más y mejor e integrarse plenamente en el mercado laboral. Ello pone en marcha una revolución. La mujer empieza a poder conquistar posiciones hasta entonces consideradas masculinas como desarrollarse en el ámbito profesional y ganar dinero. Las hijas de estas familias no tienen a madres que les sirvan de referencia identificatoria para los nuevos modos de ser mujer que se van forjando. Es un terreno nuevo que tienen que ir construyendo.

En la generación Z, de nacidos ya en el siglo XXI, las cosas han cambiado radicalmente. Los padres y madres son ambos profesionales, la maternidad se posterga casi hasta la segunda mitad de la treintena, son mucho más frecuentes los hijos únicos.

Se normaliza cada vez más el modelo de nuevas estructuras familiares, como las homoparentalidades, que nos resultan de mucho interés, pues funciones tradicionalmente masculinas y femeninas han de repartirse entre individuos de un mismo sexo. Padres y madres están mucho menos en casa, puede haber niñeras que a menudo van cambiando, las pantallas (tanto televisión, como videojuegos y redes sociales) juegan un papel parental vicariante, con importantes vacíos afectivos, aunque con buenas situaciones materiales. Hay menos roce y menor tolerancia a la frustración. Así como la mujer ha podido ya conquistar posiciones tradicionalmente masculinas, no podemos decir lo mismo de su viceversa. Entramos enseguida en ello.

Y en una hipotética sociedad futura con úteros artificiales y gametos que provengan de células madre de la médula ósea, ¿cómo pasará a definirse lo masculino y lo femenino? Habrá importantes cuestiones éticas que plantearse, que dependerán en parte de lo que nuestra generación vaya pudiendo pensar y elaborar. Posiblemente se trate de diferentes funciones cada vez más desligadas de un soporte biológico sexual.

Decía que en nuestra generación, el hombre no ha incorporado con naturalidad funciones tradicionalmente femeninas como sí se ha producido en su viceversa. Y no solo es cosa de hombres. Pongamos un ejemplo: ¿quién conduce, él o ella, o ambos? Si en una pareja ambos conducen, turnándose, podrán llegar más lejos que si solamente conduce uno.

A veces, él no tolera que ella lo haga; y si lo intenta está continuamente poniendo pegas, resistiéndose a dejarse llevar por la forma de conducir de ella, que puede ser distinta, pero no necesariamente peor. Veo a muchas mujeres en el público hacer gestos de asentimiento.

Pues bien, ahí quería llegar. Ahora cambiemos la actividad y los protagonistas. El bebé ha llegado recientemente a casa; ya se le puede empezar a bañar. Él se propone para hacerlo como rutina, pero ella desconfía; se le va a caer, no tiene la sensibilidad o el cuidado, el bebé no va a estar tan bien como conmigo... Puede que él lo haga de modo diferente, pero no necesariamente peor, y ella puede mostrar una gran resistencia para que él lo haga, como si la mujer también tuviera una gran resistencia a aceptar al hombre en tareas tradicionalmente más femeninas.

Si el hombre puede hacerse cargo del baño, de una toma nocturna de madrugada (un saca leches, un bibe... pero, no, ¡no vaya el bebé a preferir el bibe a mi pecho!), ella podrá descansar mejor, y ambos podrán funcionar mejor que si la mujer lo asume todo en la crianza. Esto lo veo a menudo en la consulta.

También hay una configuración que se ve cada vez más. Parejas en las que ella tiene la potencia económica, pero él dispone de más tiempo para llevar o recoger a los niños de la guardería o para hacerse cargo de la casa o de compras o de la cocina. Hay parejas que lo asumen con naturalidad, y otras que lo viven ego-

distónicamente, ya que él no trae el suficiente dinero a casa...

Con todo ello, y para concluir, quisiera hablar del triángulo edípico. Papá, mamá, bebé constituyen los tres vértices del triángulo edípico. Si reforzamos el trazo entre la mamá y el bebé nos encontramos con la estrecha relación entre la madre y el bebé, bien desarrollada por Winnicott, de la que el padre está excluido.

Si reforzamos el trazo entre la mamá y el papá (que igualmente podrían ser dos hombres o dos mujeres), es el bebé el que está excluido, y es un concepto bien desarrollado por Fain al describir la censura de la amante y su importancia estructurante.

Pero tal y como hemos visto en la escena del baño y subsiguientes, falta por desarrollar el tercer trazo, el que une al bebé con el papá y excluye a la mamá. Para ello se requiere de un hombre que quiera estar en esa posición, pero también de una mujer capaz de tolerarlo.

Yo considero que el buen tránsito por los tres diferentes trazos del triángulo edípico es el que permite un mejor funcionamiento en el que necesariamente padre y madre tienen que tolerar que no todo lo pueden, pero llegan más lejos apoyándose en el otro, respetando sus modos de hacer, que aunque diferentes, no tienen por qué ser peores.

La triangulación edípica es siempre la formación más estable que permite mejores niveles de funcionamiento. Y cada grupo familiar habrá de encontrar su propia manera de integrarlo. Eso sí, tomando como base que todos tendrán que tolerar un cierto grado de exclusión, y partiendo de que nadie lo tiene todo (la renuncia a la plenitud fálica, esto es, la asunción de la castración como estructurante simbólico), buscar las maneras de conjugar y complementar las funciones de la mejor manera posible.

Intervención de Jose Mari Erroteta

- *Primer comentario.*

Para que la relación entre un hijo varón y su padre resulte exitosa para el futuro, es necesario que el padre haya sido presentado al hijo por la madre como digno de amor.

Eso permitirá que, llegado el momento del Edipo, el niño se encuentre en la encrucijada entre su amor al padre (Edipo "*negativo*") y su hostilidad hacia él, como rival ante la madre (Edipo "*positivo*"). De la calidad de ese amor previo dependerá la resolución del "*Complejo*", mucho más que del temor ante la amenaza de castración. Es el amor (y no el temor) quien permitirá la identificación del hijo varón al padre y la aceptación de sus prohibiciones.

- *Segundo comentario:*

Un cierto feminismo ha propugnado la "*igualdad*" absoluta en todos los órdenes entre el hombre y la mujer y por consiguiente también entre el padre y la madre:

los dos "*deben*" saber hacer todo por igual (coser, usar el taladro, cocinar, hacer reparaciones en el hogar...) y, en consecuencia, los niños "*deben*" aprender a jugar con todo por igual (muñecas, camiones, planchas y escopetas...). En mi opinión esto significa ignorar la bisexualidad psíquica y la posibilidad de tomar identificaciones masculinas y femeninas de cualquiera de los progenitores, independientemente de su sexo y de que cada cual haga aquello para lo que más dotado está, con independencia también del propio sexo.

Intervención de Elsa Duña

Les doy las gracias a Sofía y Juan Francisco por sus aportaciones.

Me resulta difícil pensar en lo femenino y masculino por separado, considero que el sujeto, sea hombre o mujer, está atravesado por proyecciones e introyecciones múltiples, tanto femeninas como masculinas, que me llevan a pensar en la bisexualidad psíquica. Organización psíquica, de la que va a depender la calidad relacional de todo sujeto consigo mismo, con su pareja, con la familia, con los otros.

En la clínica de mi consulta, me he encontrado con hombres que se inhibían en su función parental, no por ser arrinconados por una mujer-madre en posición omnipotente (que las hay), sino que he observado hombres-padres para los que ejercer su autoridad, era vivido como el equivalente a un ejercicio de violencia y sometimiento hacia hijo. Hombres que se retiraban de la crianza de sus hijos, dejándoles en manos de la mujer-madre. Padres, que excluían a su propio padre y ahora y como consecuencia de ello, se auto-excluían, privilegiando un vínculo incestuoso del hijo con la madre.

La presencia en lo real de un padre y una madre, no es garantía de un funcionamiento a tres, ya que esto dependerá, de la capacidad de ambos progenitores para llevar adelante las funciones materna y paterna, que son las que le permitirán al hijo ingresar en la sociedad y en la cultura, de una forma suficientemente buena para su vida. Aceptando así la diferencia generacional, y con ello separando a la madre y su correspondiente corriente tierna hacia ella, de la mujer que habita en la madre, renunciando al deseo edípico de amar y ser amado por la madre. Solo esta diferenciación y renuncia, le permitirá al hombre hacer equipo con su mujer en diferentes ámbitos de la vida, evidentemente también en la crianza, sin sentir por ello cuestionada su masculinidad.

Intervención de José María Gutiérrez

Felicitarle y agradecerle, Sofía, por tu conferencia, como igualmente a Juan Francisco por tu respuesta a su conferencia; intervenciones ambas de interés y fomentadoras de reflexión y pensamiento.

Si por crisis se entiende: cambio, evolución. Entonces lo masculino está en crisis, en cuanto perteneciente al ser humano. El ser humano, como todo organismo vivo, está en permanente evolución, todo lo

humano está en evolución, así, también, “*lo masculino*” está en cambio, en evolución, en crisis.

Si en esta ocasión, en esta conferencia, nos ocupamos del humano varón, de la crisis de lo masculino en el varón actual, no hemos de confundir la masculinidad, la varonía, con lo masculino; en otros términos, diferenciar lo manifiesto de lo latente.

Lo masculino no es del orden de lo orgánico, sino de lo simbólico. Desde la bisexualidad psíquica lo masculino no es independiente, ajeno, de lo femenino, forman el par masculino femenino, en otros términos: activo-pasivo. Dupla simbólica femenino-masculino tanto en el varón como en la mujer.

Pienso que la clínica que nos convoca en la conferencia de hoy da cuenta del impacto en el humano varón actual de los avances sociopolíticos, culturales y tecnológicos que se vienen desarrollando desde finales del siglo XIX comienzos del XX: igualdad hombre mujer, sufragismo, democracia, feminismo...; el control de la natalidad y demás avances médicos y quirúrgicos que alargan funciones y/o modifican el cuerpo a voluntad; avances tecnológicos tanto en el ámbito de las tareas del hogar y comunes, ordinarias, como también en el de la capacitación humana; para cierta tecnología-cibernética en unos años no solo no existirán discapacidades, sino super- y supra-capacidades: “*la tecnología hará que se superen todas las barreras*”, no solo “*gadgets*” externos sino también implantados en el cuerpo...

Avances unos que desbancan al atributo varonil del pene como signifiante de lo fálico, siendo que “*lo fálico no es masculino, lo fálico es narcisista*”; avances otros, señuelo, espejismo de lo fálico.

Clínica esta del narcisismo, de la identidad propia, personal, variada en lo manifiesto de lo hipo a lo hiper, tanto en el varón como en la mujer, que suma en la comprensión tanto de la clínica como de la casuística presentada tanto por Sofía y Juan Francisco como por los colegas intervinientes en el diálogo con la sala.

Intervención de Elena Maruri

He tenido conocimiento del comentario de una docente de la universidad que da charlas en distintos foros sobre el tema tratado hoy aquí. Cuenta que se encuentra con la necesidad de valorar con especial atención y cuidado al auditorio al que va a dirigirse. Se ha encontrado que, si este es muy feminista, no recibe bien la idea de que el hombre pueda sentirse desconcertado ante los cambios actuales en el rol de género masculino.

Por otro lado, he tenido ocasión de ojear un documento sobre las “*nuevas masculinidades*” que se utiliza también en el ámbito universitario. Se trata de un documento elaborado por Emakunde, de nombre Gizonduz, que pretende ayudar al hombre a resituarse ante tanto cambio, en una colaboración necesaria mujer-hombre para poder lograrlo. Parece esperanzador... Mi agradecimiento a Sofía y Juan Francisco, está siendo muy interesante.

Intervención Teresa Marcilla

Felicidades y gracias a ambos, por la conferencia y la discusión, que me han resultado muy interesantes. Me gustaría destacar algo que considero es común en ambas y creo que es muy valioso que lo traigáis para poder pensarlo entre todos.

Me refiero a que en los discursos totalitaristas, de todo o nada, queda excluido la integración de las diferencias. El borrar las diferencias deja al sujeto encarcelado en una omnipotencia que amputa su identidad obstruyendo el camino al “*sí mismo*”.

Creo importante traer este tipo de debates porque hoy en día hay algunos planteamientos que van en contra precisamente de esto y es un riesgo porque cómo aquí se ha hablado el omnipotente “*todo puedo/todo tengo*” va irremediamente unido al “*nada puedo/nada tengo*”, discursos donde uno no puede encontrarse.

Muchas gracias.